

Odios ambientalistas

Aldemaro Romero Díaz

Recientemente me puse a analizar las motivaciones de los ataques que hemos recibido de ciertas personas a través de la prensa meridiana. Después de todo cuesta entender por que se empeñan en desacreditar una institución en base a acusaciones sin fundamento.

Hace algún tiempo di una explicación simplista al asunto. Dijo que nuestro peor pecado era el haber tenido éxito. Después de todo somos la única organización ambientalista de Venezuela en haber creado y estar manejando reservas biológicas para preservar el patrimonio natural de los venezolanos; la única en haber propuesto, a través de estudios técnicos, la creación de dos parques nacionales y haber elaborado el plan de manejo de uno de ellos y sin cobrar un sólo céntimo al gobierno; seguimos siendo los únicos en tener programas de radio y televisión con mensajes ambientalistas en trece emisoras y tres televisoras del país. También somos los únicos en producir anualmente la Auditoría Ambiental de Venezuela, el único reporte técnico e independiente sobre la situación ecológica del país. Asimismo tenemos la base de datos más completa que país alguno tenga sobre su biodiversidad; la más completa biblioteca ambientalista de Latinoamérica; somos la única organización conservacionista privada con oficinas regionales y la única en utilizar tecnología de satélites para analizar la situación de nuestros recursos naturales y alertar sobre su situación; todo eso y mucho más.

Cuando comparo entonces los resultados con los ataques, percibo que estos últimos tienen como denominador común el odio, la pregunta, por supuesto, es ¿cuál es la justificación para tanto odio? Como decía el escritor Umberto Eco, la gran diferencia entre la cultura anglosajona y la latina reside en que mientras la primera celebra el éxito de los demás, la segunda trata de hundirlo.

Cuando analizo la gente que muestra tanto odio, me doy cuenta que todos ellos tienen varias características en común que cuando lo vemos en su conjunto, nos ayuda a interpretar en forma general el origen de ese odio.

En primer lugar no son gente vacía, pasiva o indiferente. Su odio parece ser siempre expresión de un deseo nunca complacido, una especie de ambición desesperada. En otras palabras, se trata de una capacidad interior que siempre lleva a la persona a tener una fijación en algo, siempre empujándolo en cierta dirección. Algo más fuerte que esa persona. Pienso que el odio no es simplemente la mera ausencia de amor o un vacío de espíritu. Por el contrario, tiene mucho que ver con eso que llamamos amor: la fijación en otros, si bien trágicamente invertida. Es por ello que quienes nos odian o critican lo hacen con tanta saña y fijación, repitien-

do siempre lo mismo, no importando lo cansino que se vuelvan.

La gente que odia siempre guarda un sentimiento permanente de dolor, sentimiento que está, desde luego, desproporcionado con la realidad. Es como si esa gente siempre quisiera ser reconocida, respetada y amada, pero nunca lo logran. Sufren de la dolorosa ilusión de que los otros son desagradecidos y olvidadizos para con ellos, no sólo porque no los reconocen sino, lo que es peor, los ignoran. Es por ello que aquellos que nos odian son, generalmente, gente sin reconocimiento público, a lo sumo conocimos sólo por sus denuncias pero nunca por obras constructivas.

En sus subconscientes, aquellos que odian juran que son los poseedores de la verdad por lo que merecen un total reconocimiento completa sumisión y lealtad cuando no obediencia ciega. Quieren ser el centro del mundo y están amargados por ser ignorados cuando no ridiculizados. Son como los niños malcriados que si sus madres no les prestan completa atención se ponen a chillar. De allí que sus críticas hacia nosotros están llenas de amargura y malos sentimientos.

Con el odio siempre hay una especie de trascendentalismo: gente que desea obtener lo inalcanzable y que se consumen en el proceso y le hechan a los demás la culpa de no llegar a donde quieren. El odio, después de todo, es un atributo diabólico del ángel caído. Es una característica de las criaturas que son envidiosas de Dios y que se consumen porque el camino al trono divino, donde creen que deberían estar sentados, está bloqueado por un mundo que conspira contra ellos. Por eso quienes nos odian son gente frustrada, gente que nunca ha alcanzado siquiera estar en la antecámara de nada importante.

El que odia nunca ve faltas en sí mismo. Cree que la culpa de todo lo tiene el mundo que lo rodea. Dado que no puede entender sus fallas escoge a algo o a alguien en quien personificar todo lo que odia. Puede que cambie de personificación de su odio, pero nunca elimina las raíces de su odio. Hoy odia el verde, mañana será el rojo, y así sucesivamente. El odio mostrado hacia un objeto o una persona es, a sí, la conjugación fisiológica del odio que el siente hacia el mundo el cual percibe que es la causa de su propia falla individual. Eso explica que quienes nos odian lo hacen por un tiempo y luego, sorpresivamente, cambian de objeto de sus ideas.

Otra cosa curiosa es que la persona que odia nunca sonríe; no actúa, es incapaz de hacer un chiste por miedo a hacer el ridículo; no puede ser irónico, porque no puede ser irónico acerca de sí mismo. Sólo aquellos que se pueden reír de sí mismos pueden reírse con autenticidad. Usualmente la persona que odia siempre tiene la cara seria, se

ofende rápidamente, utiliza palabras soeces, grita y es incapaz de ver más allá de sí mismo. Por eso será que quienes nos odian jamás los hemos oído decir ningún chiste inteligente; no sólo eso, son groseros y vulgares en sus expresiones particulares.

Todo esto revela ciertas características del que odia; no posee sentido de pertenencia, de vergüenza y objetividad, también parece del sentido de la medida, mucho menos de los límites de sus propias posibilidades. Quizás ello explica que los que nos odian se inventan las más increíbles de las historias acerca de nosotros, que si somos agentes de la CIA, que si explotamos uranio, que si estamos asociados a sectas satánicas; no contentos con ello, llegan incluso a acusarnos de todo ello a la vez.

La persona que odia es infeliz, porque haga lo que haga pasa ser reconocida y destruir aquellos que él piensa que son responsables por su falta de reconocimiento, nunca pueden lograr el éxito que buscan, es decir, el éxito absoluto. Hasta ahora, quienes nos odian han mostrado una inhabilidad absoluta de ser reconocidos como personajes que hayan hecho algo positivo a favor de la sociedad.

El odio es indivisible no distingue entre las personas y los grupos. Por eso los racistas odian a todos los negros sin distinción y cada negro es objeto de su racismo. Lo que es peor, el odio colectivo tiene la capacidad de expandirse y crear una atracción magnética entre muchos, atrayendo a otras personas que son moralmente débiles y egoístas, incapaces de pensar por sí mismos y, por consiguiente, susceptibles de influenciar subjetivamente a aquellos que el odia. Es por ello que el racismo, el antisemitismo, la xenofobia y muchas otras formas de odios colectivos, han sido tan poderosos en la historia de la humanidad y aún perviven en muchas partes del mundo y en los rincones de muchos corazones, y es por ello que quienes nos odian siempre encuentran una audiencia, aunque sea reducida, para sus desvaríos.

Una cosa es cierta; el odio termina consumiéndose a aquellos que lo practican y lo que es peor, a su entorno. Quizás eso es lo más trágico de todo esto: los que nos odian, no sólo dejan tras de sí un vasto de manchas sobre los demás sino que acabarán con una manera tan grande sobre sí mismos que terminarán siendo unos infelices para el resto de sus vidas.

De nosotros los venezolanos depende que el odio, no se interponga en nuestro camino de construir un país hoy deseado. Que no se aprovechen de nuestras debilidades -morales o intelectuales- para hacernos hacer lo que no queremos hacer.

Sólo así podremos construir una Venezuela sana de la cual todos, sin odios podamos estar orgullosos.